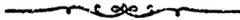


EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).

La interjeccion *o*, estudiada en sus relaciones con el lenguaje hablado por nuestro inolvidable Astarloa, es la exclamacion inconsciente que sale del pecho del hombre á la vista de todo lo que es grandioso, alto, excelso, maravilloso, y estas cualidades, características de aquel acento, hállanse reunidas en una de aquellas altas montañas, que son verdaderos prodigios de la naturaleza creada.

Supongamos, pues, (y esta suposicion ha sido un hecho real en el lenguaje) que á la vista de una de aquellas maravillas naturales, nuestro antecesor primero dió el grito inconsciente *o*, expresion fiel de la impresion que recibiera, y que este grito inconsciente fué trasportado á su alma juntamente con la sensacion de que era fiel expresion y obligado complemento, para quedar por fin grabado en la misma bajo la forma de una imágen, semejante á las imágenes de las cosas sensibles.

Pues bien; una vez efectuada esta trasmision, aquel antecesor, en cuya poesía el grito propio no es sino el eco y repercusion de otro análogo que su alma percibe en el ser, pasará del grito *o*, percibido en la montaña, al principio de quien dimana, y en quien se contiene, la palabra *i*, el Verbo de la Naturaleza, el Generador de todos los seres y de cuantas armonías se producen en ellos, en una palabra, á Dios; como del mismo grito *o* percibido en su persona, pasará al principio de quien dimana, y en quien se contiene, la palabra *i*, el verbo del lenguaje, el generador de todas sus voces y de cuantas armonías consigo entrañan, en una palabra á su *alma*; y como en nuestra mente

el efecto se une y enlaza con la causa, y el agente con la acción, así también la imagen *o* de aquel grito-sonido se unirá y enlazará con la imagen *i*, de que tanto nos ocupamos, de tal suerte, y tan estrechamente, que no le será dado evocar una sola vez la idea montaña o nacida en *Dios*, de su *palabra i*, y presente en *Él* en la forma *oi*; pero vivificada en su alma, de su *palabra i*, y presente en ella, en la forma *oi*, sin proferir interior ó exteriormente la doble onomatopeya *oi*, grabada y esculpida en dicha idea.

En virtud, pues, de esta unión y superposición de ideas y de imágenes nacerá á la vida del lenguaje la palabra *oi*, natural y comprensible, como la interjección *o* en que se vivificó, pero consciente y voluntaria, como la idea montaña *oi* de que es expresión y complemento obligado. ¿Y qué es, en el mundo animado del lenguaje, la idea montaña o nacida en *Dios*, de su *palabra i*, y contenida en *Él* en la forma *oi*, sino el *ser-ideal montaña*, tal y como le concebimos en la mente del Señor, abstracción hecha de lo sensible en que se nos revela? ¿Y qué es, dentro del lenguaje humano la misma idea o nacida en el *alma* de su *palabra i*, y contenida en ella en la forma *oi*, sino la *voz ideal montaña*, tal y como la concebimos en nuestra mente, abstracción hecha del lenguaje hallado en que se nos revela? Luego *oi* es y debe ser la imagen y la característica del ser ideal *montaña* en *Dios*, y la imagen también y la característica de la voz ideal *montaña* en nuestro entendimiento; y como los seres ideales en *Dios*, y las voces ideales en el entendimiento, existen virtualmente y en potencia, pero no en el acto, *in posse*, mas no *in actu*, resulta que *oi* es la imagen y la característica del ser *montaña in posse* y a imagen también y la característica de la voz *montaña in posse*, esto es, en potencia, reposo y disponibilidad.

Mas por lo expuesto en anteriores párrafos sabemos nosotros, que la *palabra i*, nacida á su vez en *Dios* de su facultad creadora, y vivificada en el alma por su facultad también creadora, no hubiera sido conocida sino se hubiera revelado en *a*, grito primero y fundamental del que nacieron en el hombre los demás gritos; pero imagen á la par de la naturaleza sensible, en la que tienen aquellos su primer origen, é imagen también del cuerpo humano en el que se producen y vivifican; como sabemos también que *i* se unió y completó en *a*, para vivificar la palabra y darnos su noción, en la forma *ia*, esto es, como la idea se une y se completa en el grito para el mismo fin, sin confundirse con el grito ni perder su personalidad.

Luego, segun esto, la voz ideal *o*, nacida á su vez en la palabra *i* y contenida en ella en la forma *oi*, no hubiera sido tampoco conocida, ni hubiera sido en la mente de nuestro antecesor si no se hubiera revelado en *a*; y *oi* (ser ideal) se unió y se completó en *a* (naturaleza sensible) para darnos la nocion de la montaña *ser* en la forma *oi*, *oia*, como lo espiritual se une y se completa en lo sensible para darnos la nocion del ser, sin confundirse con lo sensible ni perder su personalidad; y *oi* (voz ideal) se unió y se completó en *a* (lenguaje hablado y sensible) para darnos la nocion de aquella voz en la forma *oi*, *oia*, como la idea se une y se completa en el grito.

Pues bien; de esta union necesaria para adquirir la nocion de la montaña y la de su nombre nació la palabra *oia*, imágen y característica del ser *montaña* revelándose en la naturaleza sensible, pero imágen tambien y característica de la voz *montaña* mostrándose en el lenguaje hablado y sensible, esto es, en el grito; y como los seres en lo sensible y las voces en el habla se hallan en plena actividad, resulta que *oia* es la imágen y característica del ser montaña *in actu* y de la voz montaña tambien *in actu*; al paso que *oi* es la imágen y la característica del ser en sí, y de la voz en el entendimiento.

De este modo nació á la vida del lenguaje el nombre euskaro *oi*, *oia*, que, reforzado más tarde por la consonante *g*, letra encomiástica y de plenitud, se trasformó en el actual *g-oi*, *g-oia*, que en efecto significa altura y en toponimia *montaña*, como tendrémos ocasion de demostrarlo más adelante. Entretanto llamaremos la atencion de los lectores sobre algunas de las consecuencias que se desprenden de las explicaciones precedentes ilustrando de paso algunos puntos oscuros de nuestra declinacion incomprensibles y mal explicados hasta la fecha.

En efecto, de las explicaciones citadas se desprende bien claramente 1.º que el nombre euskaro, como el ser de quien es imágen, consta de dos factores; uno primero y principal, ideal, espiritual, subjetivo y esencialmente activo, que en la naturaleza es el ser propiamente dicho, y en el lenguaje el nombre propiamente dicho; tal es el indefinido euskaro *oi*, *goi*: otro segundo objetivo, material, sensible y puramente pasivo, representado en la naturaleza por la materia pasiva, y en el lenguaje por el articulo definido euskaro *a*. 2.º que estos dos factores, ambos igualmente necesarios, se unen y se completan entre sí para darnos la nocion del nombre; como lo espiritual se une y se completa en lo sensible para darnos la nocion del ser, esto es,

en la forma *oi, oia, g-oi, g oia*. 3.º que así como lo sensible en la naturaleza no puede ser, si no está animado y vivificado por lo espiritual; así tambien el artículo definido *a* no puede ser en el bascuence, si no está animado y vivificado por el nombre. 4.º y último, que el nombre *oi, goi, etc.*, no sería conocido en el bascuence, sino se completára en el artículo *a*; como lo espiritual no sería conocido en la naturaleza, si no se completára en lo sensible. ¿Es ó no cierto lo que decimos? Pues sí lo es, y con una certeza y una verdad que está al alcance de todo el que entiende un poco nuestra lengua, preciso será conceder algun valor á nuestra doctrina cuando por su medio hemos podido sorprender el secreto mecanismo de nuestro nombre y la ley misma de su existencia. Mas no son las conclusiones citadas las únicas que se desprenden de nuestra doctrina.

En efecto: hemos visto más arriba, que el indefinido *oi=g-oi* (altura y en toponimia montaña) es la imágen y característica del *ser ideal montaña* contenido en Dios y presente en Él y la imágen tambien y la característica de la voz *ideal* montaña contenida en el *alma* y presente en ella, y como el ideal del ser *montaña* considerado en Dios, es uno é idéntico á sí mismo, aun cuando en la naturaleza se reproduzca siempre distinto en cada reproduccion cual se observa en las mil montañas que conoce el hombre, y como el ideal de la voz *montaña* considerada en nuestra mente, es tambien uno é idéntico á sí mismo, aun cuando en el lenguaje hablado se reproduzca siempre distinto en cada reproduction, cual se observa en las mil veces que proferimos dicha voz, resulta que el indefinido dicho carece y debe carecer de plural, porque lo que es uno é idéntico á sí mismo; es opuesto á la variedad de que nace la pluralidad.

Pues bien; el indefinido euskaro carece, en efecto, de plural como de ello puede cerciorarse el lector consultando los paradigmas de nuestra declinacion en la gramática de Campion y mejor aun sorprendiendo el lenguaje hablado, cuando dice *gizon bat*, (hombre uno), *gizon bi* (hombre dos), *iru gizon* (tres hombre), *lau gizon* (cuatro hombre), *amar gizon* (diez hombre). y así sucesivamente sin pluralizar jamás el nombre *gizon* como lo hacen el castellano y demás lenguas modernas. ¿Cuál es, pues, preguntamos nosotros, la razon de esta diferencia, y cómo no han dado sobre ella explicacion de ningun género los autores de aquellos paradigmas Príncipe Bonaparte, Campion, Van-Eys, Rivary, etc., tan aficionados á las especulaciones

científicas? ¿Por ventura el nombre no nos comunica la idea del objeto nombrado? Y la idea á su vez no nos da á conocer lo universal, esto es, aquel algo inmaterial que siendo comun á todos los objetos de la misma especie es sin embargo uno é idéntico á sí mismo como debe de ser para distinguir, p. ej., el ideal montaña de todo lo que no es montaña, el ideal hombre de todo lo que no es el hombre?

Luego es innegable que el nombre debe carecer de plural sobre todo en lenguas que se hallan tan cerca de los orígenes de la palabra, cual sucede con el vetusto y venerable bascuence, en atención á que en el órden lógico, la noción del ideal es anterior á la de sus variadas manifestaciones; pero puede y debe estar dotado de aquel número en lenguas posteriores y más modernas, puesto que, si es cierto, que el ideal del alma humana, p. ej., es uno é idéntico á sí mismo, tambien lo es, que en realidad son tantas las almas cuantos son los individuos que componen la especie humana y el lenguaje ha pedido distinguir esta pluralidad de aquella unidad por medio de características distintas de los numerales, que es precisamente lo que han hecho las lenguas modernas. La diferencia anotada prueba, pues, que la pluralización del nombre por los numerales (per digitos) es anterior y ha precedido á su pluralización por características distintas de aquellos numerales, como así debia suceder atendidas las leyes que ha seguido el espíritu humano en su progresivo desarrollo.

Por el contrario, añadimos ahora: el definido euskaro *oia goia* (la altura ó montaña) es, segun hemos visto en su lugar, la imágen y la característica del ser ideal montaña manifestándose en la naturaleza sensible, y la imágen tambien y la característica de la voz ideal montaña manifestándose en el lenguaje hablado y sensible, esto es, en el grito; y como el ser en lo sensible, y la voz en el habla, se reproducen y multiplican siempre distintos en cada reproduccion, segun hemos manifestado más arriba, resulta que dicho definido está y debe estar dotado de plural porque la pluralidad nace de la variedad y de las diferencias.

Pues bien; el definido euskaro está en efecto dotado de plural como de ello puede cerciorarse el lector consultando los paradigmas citados, mas reparará tambien que el esponente de aquel número jamás se une en nuestra lengua al nombre, imágen de lo espiritual, sino al artículo *a*, imágen de lo sensible, prueba clara de que la pluralización de lo que se vé y se palpa y se distingue por medio de los

sentidos, esto es, de lo sensible, es anterior y ha precedido á la pluralizacion de lo que ni se vé ni se palpa ni se distingue sino por medio de la razon ayudada del entendimiento, esto es, de lo espiritual. Pasemos ahora á otro punto oscuro y ocupémonos de él con la seriedad que reclama su importancia.

En efecto; es innegable que dentro del mundo animado en que gira y se desenvuelve la palabra humana, los seres *in posse*, de quienes nuestro indefinido es fiel imágen, no pueden ser poseedores por dominio, en atencion á que la posesion por dominio es siempre y constantemente la obra de la actividad del sujeto y el resultado de un acto realizado por él; y la actividad excluye la pasividad.

Pues bien; á pesar de las opiniones contrarias que profesan cuantos se han dedicado al estudio del bascuence, es lo cierto, que el indefinido euskaro carece de genitivo por la sencilla razon de que este caso, caracterizado en nuestra lengua por el subfijo *n*, designa al sujeto poseedor por dominio, como así lo observa nuestro Astarloa, de cuyas opiniones parecen participar en este punto los demás gramáticos. ¿Qué significa, pues, el genitivo *semeren, begiren, andraren, gizonen* de que aparece dotado dicho indefinido en los paradigmas de nuestros autores? Significa sencillamente que estos, apesar de su pericia y sabiduría no han llegado á precisar el sentido que tiene el subfijo *en* de sus pretendidos genitivos, como no han sabido precisar las condiciones que debe reunir el nombre para formar nuestro genitivo. En efecto, el subfijo *en* por la consonante *n* que lleva consigo denota, es cierto, la idea de posesion, mas esta sola circunstancia no basta para caracterizar á nuestro genitivo que debe designar siempre el sujeto poseedor por dominio y venir en la oracion precedido de la cosa poseida, sin que esta última pueda hallarse en ningun caso embebida en el sugeto poseedor, sino expresada por una voz distinta y propia. Algunos ejemplos aclararán nuestro pensamiento.

Cuando decimos *zerua-n urdiña* (el azul del cielo), la voz *zerua-n* es un genitivo y el subfijo *n* nos indica que el sugeto de que se habla *zerua* (el cielo) es el poseedor de la cualidad azul expresada por la voz *urdiña* regida por la primera; mas si decimos *zeruan dago* (está en el cielo) esta misma voz *zeruan* es un ablativo y una expresion adverbial cuyo sentido solo puede comprenderse fijándose en el que tiene la partícula adverbial *an* (allí en aquel punto ó sitio), equivalente á la preposicion latina *in* y á las castellananas *en, dentro*, derivadas todas de

aquella partícula nuestra. La consonante *n* en esta segunda frase indica que el sugeto *zeru* posee el sitio *a* que ocupa, por la sencilla razón de que en el mundo animado del lenguaje los seres son poseedores por derecho propio del lugar que ocupan y dentro del cual ejercen su actividad y su poder. Luego en este caso la cosa poseída que en la primera frase está expresada por la voz *urdiña* hállase embebida en el sugeto poseedor *zeruan*.

Iguales reflexiones pudiéramos hacer sobre otras muchas frases como *ichasua-n murruskak* (los bramidos de la mar), *ichasu-an ito zan* (se ahogó en la mar), *mendiñan kerizia* (la sombra del monte), *mendiñan edurra da* (nieva en el monte, etc.); mas para apreciar la verdad y exactitud de nuestras observaciones, fijese el lector en que decimos *lurran ezkotasuna* (la humedad de la tierra), pero no decimos *lurran sortua da* sino *lurr-i-an sortua da* (germinó en la tierra), separando el nombre *lurr* de la partícula *an* por medio de la *i*, y procediendo del mismo modo siempre que aquel termina en consonante, siendo de advertir que *lurrian* es el genitivo lógico según nuestra doctrina.

Las anteriores frases explican, aunque no justifican, el uso de las formas *zeruaren*, *ichasuaren*, *mendiñaren*, *lurraren*, que no ha penetrado en la alta Guipúzcoa ni en toda Bizcaya, pero que mal interpretadas han dado origen á algunos errores en que han incurrido muy principalmente los autores extranjeros por haber desconocido que el tenso *re* de dichas voces, como así le llama nuestro mal apreciado Erro, es sílaba eufónica y no orgánica, al paso que la *e* del genitivo del plural *gizon-en andr-en* es letra orgánica y el exponente de aquel número. Véase, en prueba de lo que decimos, la gramática de Campion y las ingeniosas disquisiciones á que se entrega con tal motivo este notable filólogo, que también participa de la opinión general.

Si después de estas explicaciones analizamos los pretendidos genitivos *semer-en*, *begir-en*, *andrar-en*, *mutill-en*, *makill-en* en las frases *semeren bat*, *begiren bat*, etc., que son, según creo, las únicas en que se usan, veremos 1.º que *seme* nos indica que el sugeto de quien se habla es hijo: 2.º que *en* nos indica que son varios los hijos que pueden ser aquel sugeto: 3.º *bat* nos enseña que entre los varios y dentro de ellos se halla aquel de quien se habla, y que este es uno, y no dos ni tres, etc. Luego la cosa poseída, si le hay, se halla dentro de los hijos y embebida en el supuesto poseedor, y el numeral *bat* es una simple característica de número y de ningún modo la cosa poseída, y la prueba de ello

está en que jamás nos valemos de las frases *semeren bi*, *semeren iru*, sino *seme bi*, *iru seme*, porque en ellas la pluralidad expresada en la primera frase por *en* se halla embebida en las características *bi*, *iru*, del número: en una palabra, el subfijo *en* envuelve la idea de pluralidad y *semeren*, *begiren*, *andraren*, son ablativos más bien que genitivos, de modo que entre *gizonen bat* (cierto hombre ó uno de los hombres) y *gizonen jakituriša* (la sabiduría de los hombres), media una diferencia análoga hasta cierto punto á la que media entre *zeruan dago* y *zeruan urdiña*.

¿Pero á qué nos hemos de molestar en demostraciones inútiles de que podemos prescindir con solo acudir á los pronombres personales? En efecto, los pronombres *ni* (yo), *i* (tu) y *a=ia* (él ó ella) componen, segun así lo hemos demostrado, el nombre de la persona que en el primer origen del lenguaje ha sido *i* para el indefinido, é *ia=a* para el definido. Pero supongamos que los filólogos se resisten á admitir esta demostracion nuestra; siempre resultará: 1.º que el pronombre ejerce las funciones de nombre y se conduce como tal, por lo que es llamado por muchos lingüistas nombre-pronombre: 2.º que los dos primeros *ni*, *i* se distinguen por la ausencia del artículo pronombre *a*, al paso que el tercero *a* está formado por dicho artículo: 3.º que siendo la ausencia ó presencia de dicho artículo el carácter que separa el indefinido del definido, es claro y evidente que los dos primeros que se distinguen por la ausencia de dicho signo ejercen las funciones de nombre indefinido de la persona, al paso que el tercero formado por dicho artículo ejerce las del nombre definido de la misma.

Pues bien; los dos primeros pronombres *ni*, *i* carecen en nuestra lengua de genitivo posesor, como así lo dejó consignado nuestro antecesor Larramendi en la primera gramática que se escribió sobre el bascuence, lo que demuestra una vez más que la gramática euskara viene en apoyo de nuestra doctrina y de nuestras análisis, puesto que dentro de nuestra doctrina *ni*, *i*, hacen referencia al *yo* considerado en sí mismo y abstraccion hecha del cuerpo en que se vivifica y del lenguaje en que se nos revela, y son por lo tanto la imagen del ser *yo in posse*, al paso que *a* hace referencia al *yo* vivificándose en el cuerpo su obra y revelándose en el lenguaje tambien su obra, y es por consiguiente la imágen del ser *yo in actu*.

Sin embargo, nuestro sagacísimo Astarloa, seducido por apariencias engañosas, supuso que *nire* (mio), *ire* (tuyo), son genitivos pose-

sores que perdieron la característica *n* de que estuvieron un día dotados, de modo que en su concepto *nire*=*niren*, *ire*=*iren*, y veo que esta opinion ha sido adoptada por el distinguido y sábio filólogo Charencey, sin saber á qué atenerme respecto de los demás; mas Astarloa se equivocó al suponer que el lenguaje puede contravenir sus propias leyes, como así sucedería si rechazara de sus genitivos la característica *n*, condicion prévia de su formacion, como rechaza las formas *niren*, *iren*, jamás y por nadie usadas.

Lo que hay es que *nire* (mio), *niri-a* (lo mio), *niri-an* (en lo mio), *niria-ri* (á lo mio), *ire* (tuyo), *iri-a* (lo tuyo), *iri-an* (en lo tuyo), *iri-ari* (á lo tuyo), etc., son pronombres posesivos derivados por un simple cambio fonético de los dativos recipientes *niri* (á mí), *iri* (á tí), é indican, por consiguiente, la posesion por recepcion, muy diferente de la posesion por dominio, puesto que el primero presupone la pasividad en el sugeto y el segundo su actividad; y en efecto, el *yo* idealmente considerado posee la facultad palabra que es regalo de Dios y no su propia obra. Por el contrario, *aren* (de él ó aquel), *aren-a* (lo de aquel), *aren-ian* (en lo de aquel), *aren-ari* (á lo de aquel), son pronombres posesivos ó llámense como quiera formados por el genitivo posesor *aren* (de él ó de aquel), del pronombre definido de la tercera persona *a*, é indican por consiguiente la posesion por dominio, obra siempre de la actividad del sugeto, esto es del ser *in actu*, y en efecto *a* es la imágen del *yo in actu*.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)



EL SECRETO DE LA PALABRA. REVELADO POR EL BASCUENCE.

(CONTINUACION.)

Otra de las conclusiones que se desprenden de nuestra doctrina, y sobre la que llamamos la atencion del lector es, que la declinacion de relacion, única de que se ocupan los gramáticos, ha venido precedida en el lenguaje de otra interna, que es á la primera lo que la vida de relacion ó externa en los séres es á su vida orgánica ó interna; de modo, que así como no puede conocerse aquella, sin conocer bien á fondo el organismo de que depende, y en el cual tiene su razon de ser y su razon fisiológica; así tambien es imposible conocer la declinacion de relacion ó externa sin conocer á fondo la interna en la que aquella tiene á su vez su razon de ser, y su razon filológica. Tal es el origen de los defectos que hemos apuntado arriba.

Por esta razon la declinacion, para su mejor estudio, debe dividirse en declinacion interna ú orgánica, que es aquella que nos da á conocer los estados del ser considerado en sí mismo, y considerado en el organismo, su forma propia, y en declinacion de relaciones ó externa, que es aquella que nos da á conocer los estados del ser considerado en sus relaciones con los demás séres que componen el universo creado.

La primera, ó sea la declinacion interna, cuyos orígenes arrancan del origen mismo de la palabra *i*, *ia*, hállase formada por los dos factores ó términos de que consta el nombre euskaro, y se compone de dos casos que representan los dos estados esenciales á todo ser, y sin los cuales no puede concebirse su existencia. Tales son: 1.º su pasi-

vidad, caracterizada, segun hemos demostrado más arriba, por el mismo nombre y el artículo definido *i*, contenido virtualmente en él: Ej.: *n-i* (yo), *i* (tú), *go-i* (altura), *gizon-gizon-i* (hombre). 2.º su actividad, caracterizada, segun tambien hemos probado, por el nombre definido y su artículo *a=ia*. Ej. *n=ia* (él ó aquel) *goi-a* (la altura), *gizon-a=gizoni-a* (el hombre). Particularidad notable: En la mayoría de nuestras voces, el definido termina en *ia*, forma primera y originaria del actual artículo, y en otras muchas tiene fácil aplicacion la contraccion de aquel diptongo, y su cambio en *a*. Ej.: El nombre de nuestra península *Iberia=Ibaria* (valle, país ó region ribereña) trasformóse en el actual *Ibarra*, de signado análogo: *aria* (varon), nombre de una raza, trasformóse en el actual *arra* (el varon, el macho), *aria* (extension, y en toponimia país, region, comarca), trasformóse en el actual *arra*, de sentido análogo. *Arabia* (region extensa y baja, llanura, páramo, desierto). *Arr-menia=Armentia* y *Armentia* (país ó region de montes extensos); *ariti* en *arrati*; *laria* en *larra*, etc., por permutacion de la *r* suave y vocalizada en la *rr* áspera y fuerte. *Explicacion*. Ley fonética: á su encuentro con la *rr* fuerte debilitóse la *i*, y concluyó por desaparecer. Ley fisiológica: las voces suaves, aéreas, vocalizadas y fugaces de la primitiva gramática se trasformaron en las actuales, fuertes, sólidas y consistentes, como los invertebrados se trasformaron en los vertebrados; mas aquella trasformacion es obra del hombre, como la segunda es obra de Dios. Ley psicológica: al modificarse la forma de la voz se modifica y cambia la idea y viceversa, como al modificarse el organismo cambia el principio que le anima. Podiéramos citar muchos ejemplos de permutacion de la *r* suave en *rr* fuerte, pero necesitaríamos de explicaciones que no podemos dar; sirva de ejemplo típico el cambio de *iri* (pueblo ó poblacion) en el actual *irri* ó *erri*, de todos bien conocido. *Razon de aquella particularidad*. Cuando decimos *a* (artículo-pronombre definido) señalando una cosa ó una persona, hacemos dos afirmaciones: 1.ª la de la cosa ó persona que es *i* (tú), *ni* (yo). 2.ª la de la situacion que ocupa la cosa ó persona señalada, que no es esta ó la otra, sino precisamente aquella que señalamos y determinamos, bien sea materialmente y con el dedo, ó bien mentalmente. En el primer caso, se hallará en la naturaleza, en el segundo, en nuestro entendimiento. Ahora bien: siendo dos las afirmaciones contenidas en aquel artículo-pronombre, han sido, y han debido ser dos las características que han concurrido á su formacion;

pues que la lengua no puede afirmar nada, sino mediante un signo, que ha de ser precisamente una voz y un grito, esto es, una característica. Tales son, por su órden: 1.º la de la cosa ó persona *i*; 2.º la de su situacion *a*. Luego la forma originaria del artículo-pronombre definido ha sido *ia*, que marca la persona *i*, y su situacion *a*; y siendo *i* el pronombre indefinido, *i* ha sido y ha debido ser tambien el artículo indefinido; como *ia*, elidido *a*, es el artículo-pronombre definido. Luego la forma reconstruida del artículo en los nombres actuales, y por lo tanto en *gizon*, es *gizon-i* para el indefinido, y *gizon-ia* para el definido. Aun hoy el pronombre castellano *él*, solo se diferencia del artículo *el* por el acento; el *le* francés es artículo y pronombre, y lo mismo el *ille* latino. Ahora que hemos dejado expedito el camino, volvamos á la declinacion.

La 2.ª, ó sea la declinacion de relaciones exteriores, se divide y debe dividirse para su estudio, siguiendo la atinada cuanto filosófica clasificacion del eximio lingüista Astarloa, en declinacion de relaciones primarias y necesarias á la existencia del ser dentro del universo en que se contiene, y de los séres que le rodean, y en declinacion de relaciones secundarias, y no necesarias á aquella existencia; mas estos dos grandes grupos abrazan á su vez otros dos, que son; 1.º el grupo del indefinido; 2.º el del definido.

El 1.º, ó sea el del indefinido de la clase primera, que es la declinacion de relaciones primarias y necesarias, consta de tres casos que representan los tres estados en que deberá necesariamente hallarse colocado el *ser in posse* del que dicho indefinido es imágen, en sus relaciones con los demás séres. Tales son: 1.º su pasividad, que es aquel estado en el que los demás séres actúan sobre el ser sugeto de nuestros conceptos: 2.º su actividad, que es aquel otro en el que el ser sugeto actúa sobre los demás: 3.º su recepcion, que es aquel en que el ser sugeto recibe lo que se le comunica ó se le da por otros séres. El 1.º, que en la declinacion comun corresponde al nominativo de las oraciones pasivas, aunque es distinto de aquel, por carecer las lenguas modernas de nombre indefinido propiamente tal, hállase caracterizado por el mismo indefinido, y el artículo *i* contenido virtualmente en él, pero desprovisto de todo signo de relacion. Ej.: *n-i* (yo), *i* (tú), *go-i* (altura), *gizon=gizon-i* (hombre). El 2.º, que en la declinacion corresponde al nominativo de las oraciones activas, con el que tampoco puede confundirse, por carecer las lenguas modernas de nombre defi-

nido propiamente tal, hállase caracterizado por la consonante *k*, signo de sugeto agente de todas nuestras oraciones activas. Ej.: *ni-k*, *i-k*, *goi-k*, *gizone-k=gizoni-e-k=gizon i-k*, por supresion de la *e* eufónica; y esta permutacion la hemos hecho para poner de manifiesto la exacta correspondencia de la declinacion en el pronombre *n-ik* (yo), *ik* (tú), y en el artículo *go-ik* (altura), *gizon-ik* (hombre). La actividad, expresada en este caso por la *k*, es externa, y se refiere á la que ejerce el ser sugeto sobre los demás séres contenidos en el universo sensible, representado en nuestra gramática por el auxiliar activo *au=iau*; mientras que la actividad expresada por el nombre definido imágen del ser *in actu*, y caracterizado por el artículo-pronombre *ia*, es externa, y se ejerce sobre el organismo ó cuerpo, que es la forma propia del ser; la 1.^a está limitada por el espacio *u*, que le circunscribe y á que se extiende, y *u* es la onomatopeya del vacío: *uts*, *uacuus=vacuus*, vano, vacío, huero, hueco, etc.; la 2.^a por el cuerpo, forma propia del ser, representado por *a* sensible. En el caso de que tratamos, el ser, por su naturaleza esencialmente activo, es considerado como el sugeto de los fenómenos observados, y las oraciones activas son las imágenes de aquellos fenómenos. La consonante *k* es la exclamacion inconsciente que sale del pecho del hombre cuando se entrega á trabajos que requieren gran vigor y mucha fuerza de parte del que los ejecuta, como sucede en el oficio del martillador ó macedador, leñador, etc., y debe á este origen las funciones de sugeto agente que desempeña en nuestra declinacion y en nuestra gramática. El sub fijo *ka*, en los numerosos nombres verbales *arri-ka*, *makill-ka*, *burru-ka*, *mallu-ka*, *atzo-ka*, *zesto-ka*, *burdi-ka*, *asto-ka*, etc., denota la accion y el sugeto agente, y lo mismo sucede con las voces *katu* (gato), *kate* (cadena), *kaku* (gancho, garfio), *kayola* (jaula), *katigau* ó *katigatu* (encadenar), y sus correspondientes latinas *catus*, *catena*, *Caco*, dios de los ladrones llamados poéticamente *ganchos*, *garfios*, *ganzúas*, *caula*, *catenare*, etc., todas las cuales contienen y expresan la idea de una accion vigorosa, fuerte, y como tal retentiva ó prensiva, y lo mismo sucede con el verbo *capiro*, que los sibios por un error, imperdonable para ellos que no saben perdonar, pretenden derivarlo del verbo *habeo* por aquello de que moco-suena como-suena.

El 3.^o, que en la declinacion comun corresponde al dativo, aunque difiere de este por las razones dichas, hállase caracterizado por el que habiendo sido el artículo indefinido *i*, y el generador de la declinacion,

quedó convertido en signo de pasividad, una vez que hubo formado la declinacion, su obra, segun hemos visto arriba al hablar del sugeto paciente indefinido *ni*, *i*, *goi*, *gizon=gizon-i*, en el que ejerce las funciones de característica de dicho sugeto paciente. Ej.: *ni-r-i*, *i-r-i*, *goi-ri*, *gizon i=gizoni-r-i*. Tales son los tres casos de que consta la declinacion de relaciones primarias y necesarias, ó sea la declinacion propiamente dicha de nuestro indefinido, cuyo paradigma para el singular es como sigue. Sugeto paciente: *ni*, *i*, *goi*, *gizon=gizon-i*: agente *nik*, *ik*, *goik*, *gizon-e-k=gizoni-e-k=gizon-ik*: recipiente: *niri*, *iri*, *goiri*, *gizon-i=gizon-i-ri*; la *r* es eufónica.

El 2.º grupo, ó sea la declinacion de relaciones primarias y necesarias del definido, consta á su vez de cuatro casos, que representan los cuatro estados en que deberá necesariamente hallarse colocado el *ser in actu* del que dicho definido es imágen, en sus relaciones con los demás séres. Tales son: 1.º, su pasividad; 2.º, su actividad; 3.º, su posesion por dominio sobre otros séres; 4.º, su recepcion.

El 1.º, que corresponde al acusativo de las oraciones activas, aunque es distinto de él, hállase caracterizado por el mismo nombre definido y su artículo *a=ia*. Ej. *a=ia* (él ó aquel), *goi-a* (la altura), *gizon-a=gizoni-a* (el hombre). El 2.º, que corresponde al nominativo de las oraciones activas, aunque es distinto de él, hállase caracterizado por la consonante *k* de que hemos hablado. Ej.: *a-k*, *goia-k*, *gizona-k=gizonia-k*. El 3.º, que corresponde al genitivo comun, aunque es distinto de él, hállase caracterizado por el signo de posesion *n*, cuyos orígenes, valor y signado quedaron detallados en otra ocasion. Ej.: *a-re-n* (de él), *goia-n* (de la altura), *gizona-n=gizonia-n* (del hombre). La sílaba *re* del pronombre es eufónica, como lo es tambien en *arek* cuando es sugeto agente de singular de nuestras oraciones activas, y bueno es que de ello se hagan cargo los gramáticos para no incurrir en los errores que hemos señalado más arriba. Ej.: *a-r-ek jan dau=akjan dau* (él ha comido); la *k* es signo de sugeto agente; la sílaba *re* es eufónica, y la *a* el pronombre: *a-r-ek* dira (ellos son); *ek* es el signo completo del plural de nuestra declinacion; la *r* eufónica, y la *a* el pronombre: *a r-e-k jan dabe* ó *jan daube*; la *k* signo de sugeto agente, la *e* signo de plural, la *r* eufónica, y la *a* el pronombre; 4.º su recepcion que corresponde al dativo, aunque es distinto de él, caracterizada por el signo de pasividad *i* de que hemos hablado. Ej. *u-ri*, *goia-r-i*, *gizona-ri=gizonia-r-i*; la *r* es eufónica. Tales son los cuatro casos de

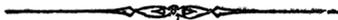
que consta la declinacion de relaciones primarias, ó sea la declinacion propiamente dicha de nuestro definido, y estos cuatro casos se hallan virtualmente contenidos en los dos de que consta la declinacion interna, constituida por los dos factores ó términos del nombre, puesto que la pasividad representada por el indefinido presupone la recepcion en cuanto el ser, al ser creado, ha recibido su existencia del Creador; al paso que la actividad presupone la posesion y el dominio del ser sobre el cuerpo, su forma propia. Su paradigma es como sigue: sugeto paciente *a=ia, goia, gizona=gizonia*: agente *ak* ó *arek, goiak, gizonak=gizoniak*; posesor *aren=a-n, goian, gizonan=gizonian*; recipiente *ari, goiari, gizonari=gizoniari*.

La declinacion de relaciones secundarias, y no necesarias á la existencia del ser, se divide á su vez en dos grupos; 1.º el del indefinido; 2.º el del definido. El 1.º se compone de subfijos, que se unen á las características de los casos del indefinido, como estas características se unen á su vez al nombre indefinido y al artículo *i*, virtualmente contenido en él. Ej.: *nere tzat, ire-tzat*: el destinativo *tzat* se une á los recipientes *niri, iri. Gizon tzat, andra-tzat*: el mismo subfijo se une á los pacientes indefinidos *gizon, andra: mendi-z, zuri-z*, el material *z* ó llámese como se quiera, se une á los pacientes *mendi, zuri; ollo-ki, burdin-ki, topin-ki*, el material *ki* se une á los pacientes *ollo, burdin, topin: gizoni-k, andrari-k* el subfijo agente *k* se une á los dativos, etc.

El 2.º grupo se compone de subfijos que se unen á las características de los casos del nombre definido, como dichas características se unen á su vez á dicho nombre, y á su artículo *a*. Ej.: *gizonan tzat, gizonen-tzat=gizonaen-tzat; andrian-tzat, andren tzat=andriaen-tzat, semian-izat=semien tzat*, en los que el subfijo destinativo *tzat* se une á los genitivos de singular y plural *gizonan* y *gizonen*, *andrian* y *andren*, *semian* y *semien*. *Gizona-kin, gizone kin, semia-kin, semie-kin*, en que el instrumental *kin* se une á los pacientes de singular y plural *gizona, gizone, semia, semie; gizona-gaitik, gizone-gaitik, semia-gana, semie-gana*, etc.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)



EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION.)

Hechas estas indicaciones sobre la ley. que rige la declinacion de las lenguas: y su completa conformidad con los principios que forman la base y principal fundamento de nuestra doctrina, pasaremos ahora á demostrar que la transformacion de la interjeccion o en la característica y el nombre de la montaña, ha sido en el lenguaje hablado un hecho real; del que no es permitido dudar desde la publicacion de los *Discursos filosóficos* de nuestro inolvidable Astarloa, que ha sido, entre los lingüistas habidos, aquel que mejor y más profundamente ha penetrado los orígenes del lenguaje.

En efecto, consúltese aquella obra de nuestro insigne paisano, y en sus preciosas análisis hallará el lector sobrados motivos para persuadirse de que la onomatopeya o en nuestros nombres toponimicos designa la altura ó montaña, como puede comprobarlo por sí mismo, consultando la topografía y situacion de los muchos sitios y lugares en cuya composicion entra dicha vocal, bien sea sola, bien unida á otra letra del alfabeto.

Tales son: *Oa, Oarro, Oeta, Oiz, Oka, Okariz, Okillde, Okendo, Ossa, Osseta, Ossio, Ossorio, Ossoro, Ora, Orio, Oreta, Oregi, Illoro, Ola, Oleta, Olazo, Olatz, Ota, Otazu, Otaola, Otaegi, Onandi, Onagoitia, Uriona, Iriona, Goiatz, Goitia, Gorbea, Ego, Amboto, Donostia* (altura-término), *Donagaray, Doiztua, Totorika, Oiana, Oianguren, Oiarzun Oienarte*, etc., etc.

La lectura de dicha obra persuadirá igualmente al lector de que

en el orden moral é intelectual, lo mismo que en el material, dicha vocal ha designado en los tiempos primitivos cualidades grandiosas, altas, excelsas, maravillosas, y cuanto con ellas se relaciona.

Y en efecto, con este carácter ha dado origen:

1.º á la voz euskara *on, ona* (bueno), y su derivada *ontas-un* (bondad), de que se formaron las latinas *b on us, b-on-a, b-ontas* (*h-onor, honestas*), y la dilatada prole de sus derivadas.

2.º á la voz, tambien euskara, *opa* (desear el bien con exclusion de todo mal), de la que se formó la latina *ops, opis*, (facultad, socorro, amparo, auxilio, que se prestan con espontaneidad á quien bien se desea) y sus derivadas *optativus* (lo que pertenece al deseo), *optatio, optimus, optio, opto*, así como á la voz *opus*, que no es sino una simple variacion fonética de *ops, opis*, pues así como el buen deseo *opa* es la primera condicion de todo socorro (*opis*), así tambien. la facultad es la condicion previa de toda obra (*opus*): el socorro es, en efecto, una obra, y presupone buen deseo de parte de quien lo presta.

3.º á la voz euskara *obe, obia* (lo mejor), *obetu* (mejorar) que ha dado indudablemente origen á las latinas *ovare, ovatio*; como *obi, obia*, (sepultura) cuyos orígenes se remontan á la época de los dólmenes y túmulos á cuya altura y elevacion hace referencia, dió á su vez origen al verbo *obeo, is* (morir primitivamente, inhumar, enterrar).

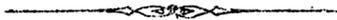
4.º á la voz *omen* (agasajo, homenaje que se tributa á las personas dándoles fama y nombradía, esto es, enaltecíéndolas de obra y de palabra); de la que se formó la latina *omen, inis*, (vaticinio, presagio, agüero), sacado de las palabras de aquellos oráculos que gozaban de tanta fama y prestigio en los tiempos mitológicos: *ill da* (ha muerto), *ill omen da, (se dice, se asegura que ha muerto)*. *Omen* lit. significa alto, excelso y espiritual, como compuesto de la vocal *o* (alto y excelso), y de la terminal *men* (espíritu, alma, mente) que formó la latina *mens, tis; men-menetik diardu* (habla con toda su alma, muy de veras, sinceramente); *mene-menetan, bene-benetan*, id con toda su alma sincera y rectamente. Véase, pues, cuál puede ser el origen de *bene* latino (bien rectamente); *men men-a=meien meien-a* lit. significa lo más sutil y delgado.

5.º á la euskara *do, doa* (santidad, don), y sus derivadas *doatsu, dontsu* (donoso, santo, gracioso), *dongia*, etc. del que nacieron las latinas *donum, dono, dominus*, etc., así como las castellanas *don, donacion, donativo, donoso*, etc. *Domus* y *doma*, lo mismo que *turris*, hacen referencia á la altura de los edificios.

El subfijo *go* (más), es la partícula comparativa del euskara, y el subfijo *or* lo es del latín, mas repárese que ambas tienen el mismo signado y envuelven la misma idea, la idea de lo alto y superior. *Santuago*, lit. superior ó sobre lo santo, *saniti or* (id. id.) *Go-iza* la mañana, el amanecer, aparición del sol sobre el horizonte; *ora*, *cria*, (la nube) se cierne igualmente sobre el horizonte; latín, y fijese en ello el lector, *calus=coelus=Go-elus* (cielo, celaje, formado á menudo de nubes), *elus* es voz euskara muy usada en la toponimia: *ori-or*, *ori-is*, *ori-ens* (el amanecer, el oriente); *oria=orria* (la hoja); *lori-a* (la flor); partes terminales y las más elevadas de los vegetales: lat. *f-oli-us=f-ori-us* (pues que el cambio de la *l* en su afin *r* es frecuente) *flos=f-lori-s*; id. *os*, *oris*, (el rostro, ó cara), parte terminal y la más alta del cuerpo humano: *oratu* (agarrar, levantar); lat. *orare*, *oratu m* (orar, levantar el corazón á Dios). *Oi*, nombre primitivo del ave que según creo se llama también así en la lengua céltica, es hoy la radical de los actuales *oi-llua* (gallina), lit. que reposa ó asienta en alto; *lu* es laradical de *lurra=luria* (suelo, tierra), en castellano lugar; (lat. *locus*); *ur-oillua* (ave acuática), *ollagorra* (sorda).

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)



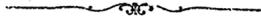
ko zorian arkitzen zan. Edgardo batayatu zuen neskameari esaten zioten bere adiskideak batayatu bear zuela laster illko zan aur ori. Baila, ez zuela egingo eranzun zien neskameak, bera ere bai Edgardo bezala bere familian batayatu ezkeru geldituko zala beldurrez. Ala aurcho ori batayatu gabe ill zan, eta bere eriotzak Edgardo-ren betiko zorionaren iturria izan bear zuen, geroago ikusiko degun bezela.

(*Jarraituko da*).

PÍO M.^a MORTARA,
Canónigo Regular de S. Agustin.



EL SECRETO DE LA PALABRA. REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).¹

Todo lo alto y superior está, encima de nosotros y sobre nosotros, *gure-gan*, y está, además, con nosotros; la hora, el momento actual, el tiempo presente, es aquel que está con nosotros y sobre nosotros. Pues bien; la hora ha sido llamada *or*; y de esta radical derivó el bascuence el actual *ordu* (hora) por adición de la partícula verbal *tu=du*; el latín *h-or-a*; el castellano id., etc. La voz euskara *kordi-a* (el sentido ó conocimiento, esto es, la conciencia que uno tiene de su propia vida) tiene relaciones muy íntimas y fáciles de establecer con la palabra latina *cor, dis* (elcorazon) cuyo órgano se paraliza al perder el conocimiento. En efecto; *recordare*, formado de dicha voz *cor, cordi-s=kordi-s*, alude al retorno del conocimiento y de la *memoria*, mientras que la euskara *kordi-a=cordi-a* alude á este mismo conocimiento: *orotzak* lit. palabras presentes ó altas, y en traduccion libre recuerdos,

(1) Véase página 537 del tomo anterior.

expresiones, presentes; *gorantziak* forma alterada quizá de *gora-itzak*, que tiene el mismo signado hacen relacion á lo que está presente, la memoria.

Mas lo que está encima y sobre nosotros esta cerca de nosotros, y esta idea de proximidad contenida en la interjeccion dicha o engendrô los adverbios *or* (ahí), *ona* (aquí, á este punto) los demostrativos *oní* (áeste), *orri* (áese), *orrek* (ese), *onek* (este), etc. y quizá las preposiciones latinas *coram*, *ob*.

Es una cosa bien sabida que el sentimiento de la admiracion y el asombro por ella producido suspenden el ánimo é inmovilizan nuestro cuerpo reduciéndonos á una impotencia involuntaria, y nadie desconoce que el sueño, fenómeno fisiológico, y la imbecilidad, fenómeno patológico, así como el alcohol tomado con exceso producen en nosotros resultados análogos. En vista de esto ¿quién dejará de conocer que, haciendo alusion á dichos fenómenos surgieron, 1.º las voces euskaro-latinas y castellanas *lo* (sueño), *lotu* (atar), *lotua* (imbécil, torpe), *koko*, *toto* (id. id.), *torpeo*, *stollidus*, *tonto*, *bobo*, *torpe*, y tantas otras como pudiéramos citar: *lokarría*, lo que sirve para atar, esto es, la correa: *lorum* (la correa), etc. 2.º *ordi* (borracho) y *orgia* (la borrachera), etc. 3.º Las voces *óla*, *alto* con las que detenemos, paramos y llamamos la atencion de las personas á quienes queremos saludar y hablar. 4.º la voz euskara *ots* (grito, llamada), su derivada *ots-ana* (dócil, obediente) que el casero emplea cuando habla de las cualidades de los animales; así como las greco-latinas *organum*, *oro*, *as*, *are*, *oratio*, etc.

Es otro hecho conocido que *ooo*, *too*, *soo*, son los gritos de que se sirven el arriero y cochero para detener las caballerías, el labrador los bueyes, y el borriquero los borricos; y que estas paradas y detenciones representan en las respectivas labores otros tantos puntos de reposo, y por fin, el reposo definitivo; pues bien, á esta idea de reposo aluden las voces euskaras *lo* (sueño), *egon* (estar, reposar), *egoki* (descansada y reposadamente), la latina *otium*, etc. Es tambien cierto que el reposo ó descanso, esto es, el término ó fin de una faena es el principio de otra nueva. Pues bien; la voz euskara *oste* significa el término de una cosa y el principio de la siguiente, y ella ha formado SUS derivados, la euskara *ostatu* (posada, término ó fin de la jornada); la latina *hospitum*; la francesa *hôtel*, la castellana *hostelería=oste-lería*; *hospes*, *huésped*; así como *hostis*, el enemigo, que en los tiempos de barbarie

se hallaba en el término ó confin de la propia jurisdiccion; *ostu* (robar), *hostio, is* (usar de represalias, esto es, robar, incendiar, matar); *hostia* (el enemigo sacrificado, esto es, la víctima), *ostium*, la embocadura de un rio ó su término; la entrada en el puerto y principio del mar; *Donostia* (la altura término), el monte Urgull; *gorosta*, principio de la altura para el que sube y su término para el que baja, etcétera.

Cuando doblamos un objeto flexible ó un lienzo, el pliegue superior se coloca encima, y sobre el inferior, y en virtud de esta superposicion del pliegue ó doble superior sobre el inferior, derivó el bascuence la voz *tolos* ó *toles* (pliegue ó doble), de que se han formado *tolostu* ó *tolestu* (plegar ó doblar), *tolostura* ó *tolestura* (repliegue), así como las latinas *tordeo=toldeo* y *torno=tolno*; y aquella voz euskara *toles* ó *tolos* dió su nombre á la antiquísima *Toletum*, hoy Toledo, situado en uno de los repliegues ó grandes rodeos del rio Tajo, como dió tambien el suyo á Tolosa de Guipúzcoa y Tolosa de Francia, que tienen una situacion análoga, la primera sobre el rio Oria, el más caudaloso de Guipúzcoa, y la segunda sobre el Garona. La voz castellana *tolde*, de significacion expresiva, tiene su congénere en la euskara *estaldu=estoldu* (cubrir) *estarijak* ó *estalgijak=estolgijak* (cubiertas). El cuerpo se retuerce en los *tormentos=tormina*; mientras que el dolor moral doblega y abate el ánimo más entero y abatido, *dolor, doleo*. El odio =*odium* simulado y el engaño, el *dolo=dolum* y la perfidia se ocultan en los *repliegues* del alma solapada del malvado, como Toledo (perdónesenos la comparacion) se esconde en los repliegues del Tajo.

¿Quiere el lector que continuemos exhibiendo miles de ejemplos? Fácilmente podríamos satisfacer sus deseos si los expuestos no sobrarán para probar: 1.º que la interjeccion o se transformó, en efecto, en la palabra hablada; 2.º que una vez operada la transformacion, dicho grito entró en la composicion de las voces con su propio valor y significado, como así lo dejó demostrado el mejor de los lingüistas, Astarloa en aquellas admirables análisis que son, seguramente, el pedestal de su futura gloria.

¿Pero cómo se operó aquella misteriosa transformacion de la interjeccion inconsciente é instintiva, en la palabra consciente y voluntaria, del grito, expresion de la sensacion, en la palabra, expresion de la idea? Para responder á esta pregunta razonada y científicamente y sustrayéndonos á los errores cometidos hasta la fecha, se hace preciso

considerar: 1.º que ninguna cosa, ser ó idea, puede pasar de un estado o á otro diferente o, sin sufrir un cambio que es, y debe de ser, como la característica del tránsito efectuado. 2.º que la interjeccion o, al pasar del órden fisiológico en que naciera al órden psicológico en que se produce la palabra, sufrió un cambio análogo á aquel que se opera en nuestra misma persona al pasar de la infancia á la juventud, de la edad de la inocencia á la edad de la razon y de la vida sensitiva á la vida intelectual. ¿Cuál habrá sido, pues, este cambio? Tal es el problema que debe proponerse resolver el lingüista, y para ello conviene plantear la cuestion en el terreno á que nos llaman la razon y la lógica formulándola en los siguientes términos: ¿De qué modo logró el hombre infundir en la interjeccion o (y lo que decimos de este grito es aplicable á todos los demás) la *idea* de la palabra de que aquel grito carecia?

En efecto, siendo la *idea* de la palabra anterior á su manifestacion en el grito, como el alma es anterior á su manifestacion en el cuerpo, y como la voluntad es anterior al acto por ella determinado, es claro y evidente, que antes de la transformacion del primero de los gritos humanos en la palabra hablada, y ántes, por consiguiente, de la aparicion de la primera de las voces en el lenguaje, poseía el hombre, y debia poseer, la idea de la palabra, pues que la palabra no es, ni puede ser, sin la idea, como poseía, y debia poseer, la forma de aquella idea, puesto que en el entendimiento humano la idea no es, ni puede ser, sin la forma; á la manera, decimos, para ser mejor comprendidos, que ántes de la transformacion del primer germen humano en la persona del adulto, y ántes, por consiguiente, de la aparicion del primer destello de la razon, poseía aquel germen la idea humana, esto es, el alma racional, como poseía la forma propia de aquella idea, que es la forma ó figura humana que se hallaba contenida virtualmente en aquel gérmen como la palabra se contiene en el grito humano.

¿Y cuál es el hombre, preguntamos nosotros, la *idea* de la palabra, sino es el yo presente en todas las voces, como el alma racional se halla presente en toda persona humana? ¿Y cuál es, en el lenguaje hablado, la forma propia de aquella idea? ¿El grito interjeccion esto es, el grito expresion de la sensacion? De ningun modo, porque de ser así, el recién nacido, que posee aquel grito, hablaría también, y el animal, que también lo posee, hablaría igualmente; mas á nadie se le ha oído decir que la criatura habla, ni que hable el animal. Luego la forma

propia de aquella idea no es el *grito interjeccion*, sino el *grito palabra*, esto es, el grito expresion ó revelacion de la idea *yo*; como la forma propia del alma humana no es la del organismo del recién nacido, sino la del organismo del hombre adulto, contenido, es cierto, en el primero, como la palabra se contiene en la interjeccion.

¿Y qué es, volvemos á preguntar, el *grito expresion* de la *idea*, sino es la *palabra* misma?

Luego es evidente de toda evidencia que ántes de la transformacion del primero de los gritos humanos en la palabra hablada poseía el hombre la *idea* de la palabra (*yo=i*), y la forma propia de esta idea, y poseía por lo tanto la palabra *i, ia*; como ántes de la transformacion del primer gérmen humano en la persona del adulto poseía tambien aquel gérmen la idea humana, esto es, el alma racional, y la forma propia de esta idea, que es la forma y la figura humana, contenida en el primer hombre creado por Dios, como la palabra *i, ia* se contiene en el primer grito de la criatura, que es *a*.

Pero tambien es evidente que lo que real y verdaderamente infundió el hombre en la interjeccion *o*, acto sensitivo, fué la idea de la palabra (*yo*) acto intelectual y la forma propia de esta idea *i, ia*; como lo que el primer hombre infundió por mediacion divina en su prole, esto es, en el gérmen primero fué la *idea humana* esto es, el alma racional y la forma de aquella idea que es su propia forma y su propia figura; y últimamente, que de este modo nació á la vida del lenguaje hablado el nombre *oi, oia*, cuyo mecanismo hemos explicado en otro lugar.

Queda, pues, demostrado, que la interjeccion *o* (y lo que decimos de este grito es aplicable á todos los demás) al cambiar de modo de ser para transformarse en la palabra hablada, cambió tambien y debió cambiar de forma, como así lo exigen las leyes de la razon y de la lógica, superiores á todas las elucubraciones de los sábios, con lo cual hemos dado una elocuentísima leccion á cuantos lingüistas se han ocupado de los orígenes del lenguaje, puesto que por una aberracion inconcebible, ninguno de ellos se ha impuesto de la necesidad de aquel cambio que se impone, sin embargo, á nuestra inteligencia de un modo forzoso y necesario. Consúltense en prueba de lo que decimos, los muchos tratados que se han escrito sobre la materia.

Entre los conceptos que hemos emitido en la demostracion precedente, figura como el primero y el más principal la afirmacion que

hemos hecho de que la interjeccion, ó sea el grito humano, es el organismo en que se vivifica la palabra, como el cuerpo humano es el organismo en que se vivifica el hombre, y esta asimilacion que hacemos entre el cuerpo y su grito, necesita de algunas aclaraciones para comprender todo el alcance y toda la verdad que se contienen en aquella afirmacion y en nuestra doctrina.

En efecto: al nacimiento ó produccion del cuerpo, organismo del hombre, concurren, como bien se sabe, dos principios, ambos igualmente materiales y sensibles, y que son, uno primero activo y fecundante, y otro segundo pasivo y fecundado, de modo que si llamamos *i* al primero y *a* al segundo, resulta que estos mismos principios *i*, *a*, deben concurrir á la produccion de los gritos, que son los organismos naturales de la palabra; de lo contrario, el paralelo sería inexacto y por lo tanto inaceptable. Pues bien: á esta conclusion tan razonada y lógica se opone en apariencia la unidad originaria del grito, tal y como nosotros lo hemos establecido en otro lugar, cuando hemos demostrado con el concurso de la experimentacion fisiológica y de acuerdo con esta parte con muchos lingüistas, que todos los gritos humanos derivan de uno primero y fundamental que es la *a*, como todos los cuerpos en la naturaleza derivan de uno primero y fundamental, que es la materia primera.

Por consiguiente, debemos probar á los lectores, que el acento *i*, sutil, agudo y penetrante como el temor de que es expresion, casi inextenso y casi impalpable como el espíritu, de quien es onomatopeya, se contiene en aquel primer grito de la criatura *a*, expansivo como el sentimiento de la vida, de que es expresion, pero fuerte y robusto como la materia sensible, de que es imagen, á la manera que la energía, sutil á su vez, aguda y penetrante, casi inextensa y casi impalpable, se contenia en la materia primera, llena, extensa y fuerte, y á la manera tambien que el principio activo y fecundante de cualidades análogas al acento *i* y á la *energía* tambien activa, se contiene en el principio pasivo y fecundado, cuyas cualidades son análogas al acento *a* y á la materia pasiva, de que este acento es imagen. Verifiquemos la prueba.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)





EL SECRETO DE LA PALABRA. REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).

En otro lugar hemos demostrado, y no hemos de volver sobre lo demostrado, que cada sensacion tiene en el aparato fonético de nuestro pecho su nota y su acento propio y caracteristico, ó lo que es igual, sumodalidad y tonalidad, como tiene tambien en nuestro semblante su expresion típica y caracteristica, ó sea su modalidad, pero así como esta modalidad y esta expresion solo se hacen perceptibles á favor de la luz, y requieren para su manifestacion y como condicion previa, 1.º la integridad en el órgano, y 2.º un foco luminoso que lo excite, así tambien la interjeccion solo se hace perceptible á favor del sonido, que requiere para su produccion y como condicion previa, 1.º la integridad en el órgano, y 2.º una excitacion bastante viva para hacerlo vibrar con cierta fuerza. Si, pues, falta cualquiera de estas condiciones, la interjeccion no se trasmirá al exterior ni se hará sensible, pero quedara grabada en todo nuestro ser, como la nota musical en un instrumento bien templado; porque el cuerpo humano es, y debe de considerarse bajo este punto de vista, como un gran armonium que teniendo su registro en el pecho formado de interjecciones, que son como sus notas musicales, tiene sin embargo, su teclado en el

cerebro formado de imágenes, que son las imágenes y representaciones de las cosas ó de los séres sensibles y de las sensaciones que estos despiertan en nuestro organismo. En una palabra, la interjeccion considerada en el exterior y en lo sensible, es un grito, expresion del ser ó de la cosa sensible, y de la sensacion que ha despertado en nosotros, pero considerada en el interior, esto es, en el alma, es la imágen de aquel grito, grabada sobre la sensacion de que dicho grito es expresion, pero grabada de tal modo, y en tal forma, que siempre que una excitacion venida de fuera llega al alma y tiene lugar la sensacion, se conmueve su imágen, y esta conmocion, trasportada instantáneamente al pecho, produce la interjeccion, que es luego transmitida al exterior á favor del sonido, siempre por lo ménos que se cumplan y se realicen las dos condiciones de que hemos hablado más arriba.

De aquí se infiere: 1.º, que tenemos un lenguaje exterior, sensitivo é inconsciente, formado por gritos, que son la expresion de las cosas y de los seres sensibles, y de las sensaciones que estos despiertan en nosotros, y un lenguaje interior, sensitivo é inconsciente, formado por las imágenes de aquellos gritos, ó lo que es igual, por las imágenes de las cosas ó de los séres sensibles y de las sensaciones que estos despiertan; como tenemos un lenguaje exterior, intelectivo y racional, formado por gritos, que son la expresion de las cosas ó séres inmatereales y de las ideas que estos despiertan en nuestro entendimiento; y un lenguaje interior, intelectivo y racional, formado por las imágenes de aquellos gritos, ó lo que es igual, por las imágenes de los séres ó de las cosas inmatereales y de las ideas que estas despiertan en nuestro entendimiento. 2.º, que siempre que se produce una sensacion, se produce tambien la interjeccion, que es como la modalidad y tonalidad de la sensacion en el alma, como siempre que se produce una idea se produce tambien la palabra, que es la modalidad de la idea en el entendimiento, de modo que así como la idea no es, ni puede ser, sin la palabra, así tambien la sensacion no es, ni puede ser sin la interjeccion. 3.º, que la interjeccion es el complemento obligado y necesario de la sensacion; como la palabra es el complemento obligado y necesario de la idea.

Sentados estos principios primeros, sin los cuales no puede darse un solo paso de provecho en el estudio del lenguaje humano, pasaremos ahora á sorprender en el recién nacido aquella primera sensacion y aquel grito primerode que derivan en el hombre todas las demás

sensaciones y todos los demás gritos, á fin de establecer de este modo la unidad originaria del grito, organismo de la palabra, y la unidad originaria de la palabra, y poner despues de manifiesto la solidaridad y las secretas y misteriosas armonías que median entre la génesis de la palabra y la génesis del hombre, en quien la palabra vive, y entre la génesis del hombre y la génesis del universo, en el que vive el hombre. Entremos, pues, en materia.

Todo tocólogo ha tenido ocasion de observar el temblor que agita el cuerpo del recién nacido cuando es suspendido en el aire, cual si el instinto de la propia conservacion le advirtiera entonces del inminente peligro á que va á hallarse expuesto por falta de todo punto de apoyo, y de esta observacion, que hemos verificado varias veces, deducirá fácilmente que la sensacion de temor de que aquel estremecimiento es signo inequívoco, ha nacido juntamente con la vida de la criatura, mas nadie se imaginará, ni se ha imaginado, que de aquella primera sensacion arranquen los primeros orígenes del lenguaje humano, como vamos á probarlo en pocas palabras, y con una lógica que no admite oposicion de ningun género.

En efecto; por los principios arriba enunciados sabemos nosotros que la sensacion no es, ni puede ser sin la interjeccion, que es como su modalidad y su tonalidad, y de esta verdad fisiológica que está al alcance de todo aquel que quiera parar en ello su reflexion deducimos, que la interjeccion de temor nació juntamente con aquella primera sensacion, de que es signo inequívoco el estremecimiento observado en el recién nacido; y la interjeccion del temor, y el grito natural de este sentimiento, es el acento *i*, como así lo hemos demostrado en su lugar oportuno y al tratar de la produccion de este grito humano. Luego es innegable que el acento *i* ha nacido juntamente con aquella primera sensacion y juntamente tambien con la vida de la criatura.

De la propia manera sabemos que las interjecciones consideradas en el lenguaje interno y en el alma, son, como así nos lo enseña la psicología, las imágenes y las representaciones de nuestras sensaciones y de las cosas ó de los seres sensibles que las han provocado y determinado, y de este principio psicológico inferimos nosotros que en el lenguaje interno y en el alma del recién nacido, el acento dicho *i* es la imagen y la representacion de la sensacion de temor que se despertó en aquel, al ser suspendido en el aire, y la imagen tambien y la representacion del ser ó de la cosa que provocó y determinó dicha

sensacion. Cuál haya sido, pues, este ser ó esta cosa, tal es la cuestion que debemos dilucidar si queremos saber el valor y el signado que tiene en el lenguaje del niño aquel acento *i* cuya imágen trajo grabada en su alma en el acto mismo de su nacimiento.

Pues bien; si con este fin examinamos atentamente aquella primera sensacion comprenderémos facilmente que el instinto de la propia conservacion ha sido quien ha informado al alma del recién nacido del peligro que corria, á la manera que los órganos de nuestros sentidos la informan de las impresiones que reciben del mundo que nos rodea, y como sin aquel aviso del instinto, el alma no hubiera sentido ni conocido el peligro, ni hubiera sentido ni conocido su instinto, á la manera que sin la trasmision de las impresiones por el órgano, tampoco puede sentir ni conocer estas impresiones, ni puede sentir ni conocer el órgano que se las trasmite, resulta que sin el aviso del instinto no podia producirse la sensacion que examinamos, á la manera que sin la trasmision de las impresiones por el órgano, tampoco podrian producirse las demás sensaciones, de modo que, así como en este último caso el órgano del sentido es la causa determinante de la sensacion, así tambien, en el caso de que nos ocupamos, el instinto ha sido la causa determinante de aquella primera sensacion del recién nacido. Luego, segun el principio psicológico arriba mencionado, el acento *i* es, en el lenguaje interno de la criatura, la imágen del instinto, pero como el instinto es el alma sensitiva, ó por lo ménos su característica más esencial, resulta, 1.º que en el lenguaje interno del recién nacido, *i* es la imágen del alma sensitiva, y 2.º que el alma sensitiva se ha sentido á sí misma y se ha conocido.

Mas tambien es innegable, que el instinto no hubiera podido informar al alma de la criatura del peligro que corria, si á su vez no hubiera sido informado por Dios, como los órganos no podian transmitir sus impresiones, si á su vez no hubieran sido impresionados por los objetos exteriores, de modo que, así como sin esta última condicion el alma no podria sentir ni conocer las impresiones ni el órgano que se las trasmite, ni podria sentir ni conocer los objetos exteriores, causa primera y determinante de las impresiones, así tambien sin el aviso de Dios al instinto, tampoco podria el alma sentir ni conocer el peligro y el instinto que él le ha informado, ni podria sentir ni conocer á Dios que ha informado al instinto, y que es, en virtud de lo dicho, la causa primera y determinante de la sensacion de que nos

ocupamos. Luego segun el principio psicológico arriba mencionado, el acento *i*, imágen del alma sensitiva es tambien la imágen de Dios en el lenguaje internodela criatura.

Nos hemos esforzado en establecer estos paralelos á fin de poner de relieve las diferencias que median y deben de mediar entre aquella sensacion á cuyo favor el alma sensitiva se siente á sí misma y se conoce, y siente á Dios y lo conoce, y aquella otra á cuyo favor el alma siente á su cuerpo, y lo conoce; y siente el mundo sensible, y lo conoce; porque en el primer caso se trata de la sensacion de lo que es inmaterial y suprasensible, mientras que en el segundo se trata de lo que es material y sensible. Obsérvese, en prueba de lo que decimos, que lo que hizo estremecerse y temblar al recién nacido no fué la mano que lo suspendió, porque esta mano es una mano amiga y protectora, ni fué tampoco el mundo sensible en que habia penetrado, porque en este mundo se ha vivificado, y el mundo ha sido creado para él, y le pertenece; por el contrario lo que ha hecho estremecerse y temblar al recién nacido ha sido precisamente el temor de ser abandonado por la mano amiga que debia protegerle, y el temor tambien de que le abandonára el mundo en que debia vivificarse; en una palabra, lo que le hizo temblar y estremecerse fué el temor de perder la vida, y el temor de la muerte; y la muerte es la separacion de los lazos que unen el alma con el cuerpo en que se vivifica, y con el mundo exterior en que se completa. ¿Y puede el alma sentir la separacion de aquellos lazos sin sentirse á sí misma? De ningun modo. ¿Y puede el alma sentir aquellos lazos sin sentir á Dios que las ha creado? En manera alguna. Luego el alma se ha sentido á sí misma, y se ha conocido; y ha sentido á Dios, y lo ha conocido; aunque con aquella imperfeccion propia y peculiar á los conocimientos que se adquieren por medio de la sensibilidad, y por medio de los sentidos; y el acento *i* es la imágen de aquella sensacion.

Y, sin embargo, en vano procurará el fisiólogo sorprender el icento dicho *i* en el grito del recién nacido, porque los órganos de éste, débiles aún y nada ejercitados, no han aprendido á emitir aquel sonido que no tardará mucho en producirse; pero mientras no sea llegado este día, se observará por el Contrario, que si en el momento de iniciarse aquel temblor lloraba la criatura, cesa inmediatamente este llanto, cual si existiera cierta incompatibilidad entre dicho acento *i* y el primer grito del recién nacido, que es *a*; y en efecto, esta incom-

patibilidad existe, pues aun prescindiendo de toda razon fisiológica, es lo cierto, que estos dos acentos *i*, *a*, sutil y finísimo el primero, y extenso y lleno el segundo, son los que ocupan los extremos opuestos de la gama humana.

¿Y qué es, señores fisiólogos, aquel primer grito *a* de la criatura, sino la exclamacion inconsciente que ha salido de su pecho al sentirse vivificado, esto es, al sentir á su cuerpo y conocerlo, y al sentir el mundo exterior y conocerlo? Luego *a* es, sin género de duda, una interjeccion, expresion de la sensacion que ha despertado en el alma del recién nacido la presencia del mundo sensible en que ha penetrado, y el contacto de este mundo con su propio cuerpo; como *i* es la expresion de la sensacion que ha despertado la presencia de Dios en el alma sensitiva del recién nacido, y como las interjecciones consideradas en el lenguaje interno y en el alma, son las imágenes y las representaciones de nuestras sensaciones y de los seres ó de las cosas que las han determinado, resulta que *a* es, en el lenguaje interno del niño, la imagen del mundo exterior y sensible, la imagen del cuerpo, y la imagen de la vida, y la imagen del grito, que es tambien sensible. Ahora bien: como ninguna sensacion puede ser sin la vida, sin el cuerpo y sin lo sensible, resulta que tampoco podrá ser sin *a*, imagen de la vida, imagen del cuerpo é imagen de lo sensible, de modo que *a* es la característica de toda sensacion, y la condicion obligada de su produccion; mas la imagen *i* se contiene en *a* como el alma sensitiva se contiene en el cuerpo, y como Dios se contiene en el universo; esto es, en la forma $a=ia$, que es en definitiva la característica de toda sensacion y la *conditio sine qua non* de su produccion.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)





EL SECRETO DE LA PALABRA. REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).

Luego, según lo expuesto, ambos acentos *i*, imagen del alma é imagen de Dios, y *a*, imagen del universo sensible é imagen del cuerpo que formaran todo el lenguaje del recién nacido nacieron con la vida misma de la criatura, y nacieron juntos y unidos en la formaia, esto es, contenida la sutil *i* en la extensa *a*, como en el sentimiento de la vida de que aquel primer grito *a* del recién nacido es expresión é imagen, se contiene el temor de perderla, de que *i* esá su vez expresión é imagen, y para que se nos entienda mejor como la línea *i* se contiene en la extensión, esto es, en la columna de aire que espiramos al proferir el grito lleno y extenso *a*.

Pues bien; observe el lector que la energía y la materia primera que formaron un día el universo creado, se reprodujeron á su vez juntas y unidasen la misma forma *ia*, esto es, contenida la energía sutil en la materia extensa, como el acento *i* se contiene en *a*. De la propia manera el primer hombre y la mujer primera; que formaron un día toda la humanidad, (y fijese el lector en lo que la Sagrada Escritura dice sobre el particular) nacieron á su vez juntos y unidos en la misma forma *ia*, esto es, conteniendo en su doble organismo aquella fuer-

za sutil que habia de ser la generadora de la humanidad, como en el acento material y orgánico *a* se contiene el sutil y espiritual *i*.

Luego, según esto, y hé aquí la demostracion prometida, la unidad originaria del grito humano es como la unidad originaria del hombre, pues así como todos los hombres se contenían virtualmente en el doble organismo *ia* de la primera pareja humana y se vivificaron en ella, y como todos los cuerpos se contenían virtualmente en el doble cuerpo *ia* de la primera materia y se vivificaron en ella, así también todos los gritos humanos se contenían virtualmente en el doble organismo *ia* de la primera palabra y se vivificaron en ella.

Poco á poco, nos dirá el lector molesto quizá por nuestras fantásticas elucubraciones, antes de proseguir por ese camino tenga por lo ménos presente que la ciencia no ha pronunciado aun su falla sobre la unidad originaria del grito humano, de que parte V. sin embargo como de una verdad demostrada para fundamentar su teoria; ni ha dicho nada sobre la letra ó vocal que se oye en el primer grito de la criatura, y la ciencia rechaza toda teoría que no venga acompañada de pruebas que la justifiquen. ¿Cuáles son, pues, aquellas en que se funda para asegurar *auctoritate propria* que la primera letra del alfabeto es también el primer grito humano, y aquel en que se han vivificado todos los demás gritos? Hélas aquí, pero para juzgarlas es preciso que los lingüistas renuncien á las rancias preocupaciones en que hoy se halla envuelto su espíritu y vean claro lo que ve claro todo el que quiere ver, pues solo de este modo podrán apreciar el alcance y la importancia de los hechos siguientes sencillos y fáciles, pero elocuentes con una elocuencia que convence.

Tales son, en efecto, 1.º la observacion diaria y constantemente repetida por una série de generaciones, como así lo prueba aquel dístico latino citado por nosotros en otra ocasion, y que copiado á la letra, dice de este modo: «Clamabunt *a*, et *e*, quotquot nascuntur ab Eva; omnis masculus *a*, nascens, *e*, femina profert»; 2.º el dicho de la mujer que distingue el sexo del recién nacido por solo su grito *a* ó *e*, y la mujer es, en esta materia, testigo de excepcion por la perspicacia y finura de sus sentidos que es mayor en ella que en el hombre: 3.º la autoridad de Astarloa, y nuestra propia experiencia por las repetidas ocasiones que hemos tenido de comprobar en nuestra larga práctica la verdad y exactitud del dístico latino y del dicho de la mujer. 4.º el testimonio del lenguaje, que en el bascuence llama *arr* al

varon, eme á la hembra; y en la Biblia Adan al primer hombre, y Eva á la primera mujer; y en el Mandjour, lengua turaniense (véase Charcey) *ama* al padre, *eme* á la madre; *ghagha* al macho, *gheghe* á la hembra etc. 5.º la opinion unánime de los lingüistas y la certeza que todos abrigamos de que la vocal *a* se pronuncia con solo abrir la boca y emitir el sonido, y como estos dos actos, la abertura de la boca y la emision del sonido, sean necesarios para la produccion de todo grito humano, y como sin aquellos dos actos ningun grito puede proferirse, resulta que tampoco podrá proferirse sin *a*, que es el producto de dichos actos; de modo que *a* es la característica de todo grito y su *conditio sine quanon*, y *a* está presente en todo grito, como la materia primera lo está en todo cuerpo, y como la figura humana de nuestros primeros padres lo está en todos sus sucesores, y así como todos estos se han vivificado en aquellos primeros padres y progenitores, y se contenian en ellos, y como todos los cuerpos se han producido en aquella primera materia, y se contenian en ella, así tambien todos los gritos humanos se han vivificado en aquel primer grito de la criatura *a*, y se contenian en dicho grito; mas el acento *i* se contenia en aquel grito *a*, como la energía en la materia, y como la fuerza prolífica en el doble organismo humano, esto es en la forma *ia*.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)

